



El Centro de Documentación del Agua de Emasesa, convocó el II Certamen de relatos cortos y cuentos infantiles sobre el agua en colaboración con el ICAS, con objeto de contribuir a la difusión del uso sostenible del agua y el desarrollo sostenible en general, así como para promover la edición de relatos y cuentos aportando valor al mundo de la cultura.

ISBN: 978-84-9919-092-1



9 788499 190921

Paréntesis

Empresa Municipal de Abastecimiento y Saneamiento de Aguas de Sevilla S.A.

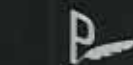


Emasesa
www.aguasdesevilla.com

Emasesa



Paréntesis



Empresa Municipal de Abastecimiento y Saneamiento de Aguas de Sevilla S.A.



Emasesa
www.aguasdesevilla.com

A BENEFICIO DE:



CUENTOS INFANTILES Y RELATOS CORTOS



II Certamen Literario del Agua

II Certamen Literario del Agua - CUENTOS INFANTILES Y RELATOS CORTOS

II CERTAMEN LITERARIO
DE EMASESA

CUENTOS INFANTILES Y RELATOS CORTOS

II CERTAMEN LITERARIO
DE EMASESA

CUENTOS INFANTILES Y RELATOS CORTOS

Emma Reverter
Marta Rodríguez Corredor
Cristina Nieto Barbero
Luis Manuel Barrera Rubio



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

© de los textos sus autores, 2010
© de las ilustraciones, Pilar López Galán, 2010
© EMASESA METROPOLITANA, 2010
© Paréntesis Editorial, 2010
www.parentesiseditorial.com
ISBN: 978-84-9919-092-1
Depósito legal: SE-2629-2010
Diseño de cubierta: Paréntesis Editorial
Impresión y producción gráfica: Publidisa
www.publidisa.com
Printed and made in Spain

ORGANIZA



Centro de Documentación del Agua de Emasesa



Emasesa, una de las pocas empresas españolas que gestiona directamente todos los procesos que conforman el Ciclo Integral del agua, con más de 35 años de experiencia, se ha caracterizado en los últimos años por realizar una gestión de los recursos desde el punto de vista de la sostenibilidad y por el respeto al medio ambiente.

También ha destacado por su espíritu innovador y por la aplicación de soluciones tecnológicas al logro de sus objetivos que le han llevado a superar retos importantes como la gestión de las sequías, el incremento cualitativo y cuantitativo de los servicios, y el aumento gradual del número de personas y poblaciones abastecidas.

En sintonía con esta línea de actuación se presenta el Certamen Literario del Agua, que es convocado anualmente por Emasesa, al objeto de promocionar la cultura y contribuir a concienciar a las poblaciones en el respeto al medio ambiente en general y al uso sostenible del agua en particular, en el marco de la Responsabilidad Social Corporativa de la compañía.

Para el desarrollo del certamen, es fundamental la participación de la ciudadanía que con su creatividad, en forma de cuentos y relatos, hacen posible la realización del mismo. Por ello quiero trasladar mi agradecimiento a todas las personas participantes en esta segunda edición del certamen.

La literatura nos traslada a un mundo imaginario, a escenarios que deseamos y esperamos contribuyan a crear, entre todos y todas, un mundo más amable y en armonía con su entorno, tanto para nuestro disfrute, como para el de las generaciones venideras, desde el ejercicio de la defensa del medio ambiente y del desarrollo sostenible.

Enhorabuena a los ganadores y ganadoras y que disfruten con la lectura.

Alfredo Sánchez Monteseirín
Alcalde de Sevilla



Es un grato placer para mí presentarles la publicación que tienen en sus manos, y que reúne los cuentos y relatos ganadores del II Certamen Literario del Agua de Emasesa.

Emasesa puso en marcha este certamen a través del Centro de Documentación del Agua en el marco de la Feria del Libro de Sevilla 2008, estando muy vinculado a la misma, pues cada año la Feria del Libro es el escenario donde se convoca la nueva edición del certamen y se presenta la publicación con los cuentos y relatos ganadores de la edición anterior. El Certamen, de periodicidad anual, es convocado por Emasesa al objeto de contribuir a difundir la importancia del uso responsable del agua y del desarrollo sostenible, así como promover la edición de relatos y cuentos que aporten valor al mundo de la cultura.

Por otro lado los beneficios obtenidos con las ventas de la publicación son donados por Emasesa a Intermón-Oxfam y destinados al proyecto Bancos de Agua en Etiopía, contribuyendo entre todos y todas a través de la literatura a la justicia social, pues entendemos el agua como un bien común al que todos los pueblos tienen derecho, por lo que defendemos y abanderamos la buena y eficiente gestión pública del agua para conseguirlo.

Gracias a la difusión del certamen a través de las nuevas tecnologías, el objetivo de contribuir a la sostenibilidad del medio ambiente, con el agua como tema central, sale de nuestro entorno más cercano y local, llevando nuestra convocatoria más allá de nuestras fronteras gracias a las redes de Internet. En esta II edición se han recibido un total de 103 obras siendo un 26% de ellas de procedencia andaluza y un 32% de procedencia internacional, principalmente de Argentina, México y Cuba. De las 103 obras el 68% han sido presentadas por mujeres. La participación femenina ha sido de un 68%.

El fallo del jurado, que tuve el honor de presidir y que estuvo compuesto por M.ª Luisa Torán, Directora del Pacto Andaluz por el Libro, Rosa Díaz, poeta y escritora, Antonio R. Almodóvar y Antonio Rivero Taravillo, destacados representantes del panorama literario andaluz y nacional,

y M^a Luisa García, Directora Comercial de Emasesa, concedió en la categoría de cuento infantil el primer premio al titulado *El hombre que tenía la cabeza de maíz y hablaba con la lluvia*, cuya acción se sitúa en Tanzania (África), donde una niña relata la humilde vida de su pueblo, haciendo hincapié en los efectos devastadores de la lluvia tanto por su escasez como por su sobreabundancia; con la llegada al pueblo de un ingeniero que crea un sistema de aprovechamiento y canalización de aguas, su calidad de vida mejora considerablemente.

El segundo premio se concedió al cuento titulado *Ni una gota de más*: unas gotas de agua invitan a un niño a viajar con ellas por las tuberías, allí toma conciencia de la contaminación del agua y de los peligros que conlleva y vuelve a su realidad con el propósito de valorar el agua.

En la categoría de relato corto, el jurado concedió el primer premio al titulado *Polvo en las flores*. El relato de género realista y marcado carácter ecologista se divide en tres tramas argumentales: una niña de un pueblo de pescadores muestra su vida, que gira en torno al mar de Aral, el gobernador ruso acepta la propuesta de hacerlo desaparecer y un joven construye maquetas de barcos que ya no puede hacer navegar.

El segundo premio se concedió al relato de ciencia-ficción titulado, *Los Chicos del agua* cuyo argumento presenta un futuro apocalíptico en el que la Luna Europa, el nuevo hogar de la Humanidad, se ha quedado sin agua. Un grupo humano, alterado genéticamente, debe rastrear la presencia de agua en todo el universo.

Felicidades a los autores y autoras de los cuentos y relatos ganadores, y gracias a todas las personas participantes en el certamen que han hecho posible la realización del mismo.

Les invito a un viaje imaginario a través de las páginas de este libro, desde Kurdistán y el mar de Aral, pasando por Tanzania, hasta llegar a la ficticia Luna Europa con el agua como hilo conductor. Disfruten del mismo.

Manuel Jesús Marchena Gómez
Consejero Delegado de Emasesa



Las cuatro narraciones que contiene este libro son una profunda reflexión sobre la temática del agua. Desde la ficción, los autores galardonados nos muestran los efectos devastadores que provoca la escasez o ausencia de agua sobre la tierra y las poblaciones, y, en algunos casos, nos proponen alternativas para un consumo justo y responsable.

A pesar de que son obras de ficción, no deben dejarnos impasibles. No podemos pasar de puntillas ni mirar hacia otro lado, cuando hay miles de personas en países empobrecidos que sufren, en su día a día, los efectos del cambio climático, sequías recurrentes y enfermedades provocadas por la escasez de agua potable. La mayoría de las veces por falta de recursos, pero también por unas malas políticas sociales y ambientales.

Intermón Oxfam trabajamos desde hace más de 50 años para erradicar la pobreza en el mundo y una de nuestras líneas de especialización es el agua, tanto en proyectos de desarrollo como en respuestas de emergencia. Porque sabemos que el agua es vida, tenemos muy claro que ha de ser accesible para todas las personas. Porque sabemos que el agua no es infinita, defendemos su uso responsable y equitativo a través de campañas de sensibilización y presión política.

Este libro, además de aportar nuevos contenidos al mundo de la cultura, es un reflejo de la colaboración de Emasesa con Intermón Oxfam, que tiene por objetivo defender el derecho al agua de todas las personas y, a su vez, concienciarnos de que todos y cada uno de nosotros podemos contribuir aportando nuestro grano de arena.

Ariane Arpa
Directora General de Intermón Oxfam

II CERTAMEN LITERARIO
DE EMASESA

CUENTOS INFANTILES





PRIMER PREMIO
DE CUENTOS INFANTILES

El hombre que tenía la cabeza
de maíz y hablaba con la lluvia
EMMA REVERTER



Mis amigos sospechan que, con el paso del tiempo, he podido cambiar algún detalle de esta historia. Se equivocan. Es cierto que han pasado veinte años, pero tengo buena memoria y recuerdo perfectamente todo lo que sucedió cuando el hombre de la cabeza de maíz llegó a mi pueblo, Msimba, situado en Tanzania.

El hombre de la cabeza de maíz no se presentó por sorpresa. Había informado de su visita a las autoridades del pueblo meses atrás, antes del inicio de la temporada de lluvias. Baba, el anciano más sabio de Msimba, había calculado que el hombre de la cabeza de maíz llegaría exactamente diez días después de la última lluvia. Aunque es importante destacar que ni siquiera Baba, que todo lo sabía, había podido predecir que el misterioso hombre iba a tener el pelo del color del maíz. Eso lo descubrimos cuando llegó.

Todos mis amigos estaban muy intrigados y esperaban la llegada del hombre con impaciencia.

—Llegará con cientos de bicicletas —afirmó Diru.

Su hermano mayor le había contado que dos años atrás, en un pueblo cercano que yo no conocía, un hombre había llegado acompañado de un camión lleno de

bicicletas y las había regalado a los niños mayores para que todas las mañanas pudieran desplazarse al colegio más cercano, situado al otro lado de la montaña. Yo sabía que si el hombre llegaba a nuestro pueblo cargado con bicicletas ninguna sería para mí. Estaba muy triste porque mi madre, que trabajaba en el campo, me había avanzado que ese iba a ser mi último año en la escuela y que pronto tendría que empezar a trabajar con ella. En el campo me daban comida a diario y así ya no tendría que estudiar durante horas con el estómago vacío. Con o sin bicicleta, yo nunca iba a estudiar en el colegio de niños mayores del otro lado de la montaña.

—Llegará con cientos de cabras —afirmó Miamadou.

Alguien le había contado que en otro pueblo cercano, que yo no conocía, un hombre había llegado con un rebaño de cabras y se las había regalado a las mujeres y a las niñas más responsables. Yo sabía que si el hombre llegaba a nuestro pueblo cargado con cabras, una sería para mí. De esto no tenía la más mínima duda. Yo era la niña más estudiosa de la escuela y las mujeres del pueblo siempre me dejaban a sus bebés para que los cuidara. Si podía ocuparme de un bebé, también podía ocuparme de una cabra. Por lo que contó Miamadou, la cabra daba leche para una familia entera y, a veces, incluso era posible vender leche a otras familias y comprar maíz con las ganancias.

—Llegará con cientos de sacos de semillas —afirmó Adisu.

Su padre le había contado que en un tercer pueblo cercano que yo tampoco conocía (es que nunca ha-

bía estado en ningún pueblo que no fuera el mío), un hombre había llegado y había repartido entre la población cientos de sacos de semillas y fertilizantes para las tierras. Yo sabía que si el hombre llegaba a nuestro pueblo con sacos de semillas para repartir, uno sería para mí. Y esto no me hacía ninguna gracia porque me recordaba que muy pronto yo estaría trabajando en el campo y ya no podría leer libros.

Diru, Miamadou y Adisu estuvieron discutiendo durante días. Finalmente alguien le pidió a Baba que se pronunciara sobre cuál de los tres jóvenes tenía razón.

—El hombre llegará con las manos vacías y diez días después de la última lluvia —sentenció Baba.

El hombre de la cabeza de maíz llegó a Msimba con las manos vacías y diez días después de la última lluvia. Baba y otros hombres importantes del pueblo lo recibieron frente a la escuela. Le mostraron nuestro poblado y estuvieron hablando con él durante horas.

Esa noche, Diru, Miamadou, Adisu y yo fuimos hasta la casa de Baba porque queríamos saber si el hombre de la cabeza de maíz tenía intención de hacernos algún regalo o solo iba a obsequiarnos con su visita.

—¿Nos regalará bicicletas? —preguntó Diru.

—¿Nos regalará cabras? —quiso saber Miamadou.

—¿Nos regalará sacos de semillas y fertilizantes? —preguntó Adisu.

Tras un largo silencio, Baba nos miró fijamente y dijo:

—El hombre de la cabeza de maíz nos regalará agua.



La revelación de Baba era una pésima noticia.

—¡Agua! -exclamé horrorizada-. ¿Quién quiere más agua? La lluvia se ha llevado las cosechas y días enteros del trabajo de mi madre, y decenas de niños del pueblo han enfermado tras beber agua en mal estado.

El agua era la fuente de todas mis desgracias. En Tanzania existen dos tipos de lluvias; las largas, llamadas *masika*, y las cortas, *vuli*. Las lluvias eran la peor pesadilla: nuestros campos no podían absorber el agua. Las tierras inundadas eran poco fértiles y no proporcionaban cosechas que nos permitieran vivir. La lluvia también inundaba nuestras casas y el único camino que nos comunicaba con el exterior. De hecho, en Msimba todos me llamaban *Cuello de barro* porque mi casa siempre era una de las primeras en inundarse cuando llovía y yo siempre quedaba cubierta de barro hasta el cuello. Y el agua me cansaba; cada día me levantaba a las cuatro de la madrugada para ir hasta la única fuente de agua potable del pueblo, situada a más de media hora de mi casa. Allí, tenía que esperar mi turno, llenar los cubos y regresar a casa. En una ocasión, cansada de los largos viajes, las interminables colas y el peso de los cubos, había mentido a mi madre y había llenado los cubos con el agua de una fuente más cercana. Caí enferma y tardé semanas en recuperarme.

La mayoría de conversaciones de los mayores giraban en torno al agua. El exceso de agua era un problema; la falta de agua también. A los meses de fuertes lluvias les seguían meses de sequía. Y la única fuente del pueblo que no nos enfermaba a veces no daba agua para todos.

La conversación con Baba me decepcionó. Esa noche no dormí bien y a la mañana siguiente, cuando fui con mis dos cubos a la fuente de agua potable del pueblo, estaba más cansada que de costumbre. Así que tardé en reaccionar cuando el hombre de la cabeza de maíz se acercó para hablar conmigo. Me preguntó cómo me llamaba.

—Todos me llaman *Cuello de barro* -le expliqué-, y Baba ya me ha contado que quieres traer más agua al pueblo. El agua nunca ha sido mi amiga.

Al hombre de la cabeza de maíz pareció sorprenderle mi comentario:

—Quizás no la comprendes porque nadie te ha enseñado a comunicarte con ella -me respondió.

—Mis amigos pensaban que nos traerías bicicletas, cabras o sacos de semillas -le dije-, y una anciana del pueblo pensó que tal vez vendrías con más hombres y encontraríais minas de oro o piedras preciosas.

—La auténtica joya de África es el agua, *Cuello de barro* -dijo el hombre de la cabeza de maíz-, si la comprendes y sabes como tratarla, es fuente de vida y de riqueza. Compartiré con vosotros mis secretos y aprenderéis a hablar con la lluvia.

El hombre de la cabeza de maíz creía que era tan sabio como Baba. Yo tenía mis dudas, pero debo reconocer que esa semana curó a tres niños enfermos del pueblo y también consiguió que la madre de Miamadou, que lloraba sin parar y no conseguía dormir por las noches, volviera a sonreír.

Unos días más tarde un camión llegó a Msimba. Yo nunca había visto un camión tan grande y pensé que en su interior cabían cientos de bicicletas. Me equivoqué: transportaba cajas con material de construcción. Con la ayuda de los jóvenes más fuertes del pueblo, el hombre de la cabeza de maíz transportó las cajas hasta la escuela del pueblo. Nos contó que entre todos construiríamos un nuevo tejado, impermeable y muy inclinado, por el que se deslizaría el agua de la lluvia, que iría a parar a unos recipientes que también íbamos a construir. Y nos explicó que cuando termináramos con la escuela, construiríamos otro tejado inclinado y otro recipiente en una casa abandonada que no era de nadie. Del camión también salieron unos tubos enormes que, según el hombre de la cabeza de maíz, se llevarían el agua que inundaba el campo y nuestras casas.

Baba aprobó el plan del hombre de la cabeza de maíz y pidió a los más fuertes del pueblo que siguieran sus instrucciones. Trabajaron muy duro durante semanas y, cuando ya estaban terminando, un segundo camión llegó a Msimba con sacos de semillas y fertilizantes para los campos.

Fue entonces cuando el hombre de la cabeza de maíz anunció que su trabajo había terminado y que se marchaba a su pueblo. Ya no estaba con nosotros cuando llegaron las lluvias y no pudo ver cómo el agua se deslizaba por los nuevos tejados y llenaba los recipientes. Tampoco estaba cuando el campo se llenó de maíz y las más ancianas del pueblo bailaron y cantaron como nunca lo habían hecho antes.



Lo celebramos comiendo ugali, un plato elaborado con maíz y agua, y que se come con los dedos. Baba predijo que si seguíamos hablando con la lluvia pronto podríamos comer ugali con verduras y carne de pueblos vecinos.

No voy a mentir: la situación seguía sin ser perfecta. Los campos se inundaban de vez en cuando y el camino que nos comunicaba con el exterior, casi siempre. Las cabras nunca llegaron... las bicicletas, tampoco. En cualquier caso, mi vida sí cambió. Mi madre decidió mandarme otro año a la escuela para que pudiera comer una ración de ugali todos los días y fue así como seguí leyendo y aprendí matemáticas. Gracias a los platos diarios de ugali, no me dolía el estómago y podía escuchar al profesor (también estaba menos cansada porque no era necesario levantarme a las cuatro de la madrugada para ir a la fuente de agua y dejó de dolerme la espalda porque no tenía que cargar con los pesados cubos).

Pasaron los años y estudié en la escuela de niños mayores del pueblo que está detrás de las montañas. Más tarde, me marché a la ciudad para estudiar en la Escuela de Medicina de la Universidad de Dar es Salaam. Ahora en Msimba todos me conocen como la doctora *Cuello de barro* y la casa abandonada que no era de nadie es un pequeño hospital que atiende a todos los habitantes del pueblo y tiene una habitación preparada para el nacimiento de niños. Miamadou también estudió en Dar es Salaam y ahora lo sabe todo sobre el agua y construye tejados inclinados en otros pueblos de Tanzania. Adisu es el profesor de la escuela del pueblo. Diru se murió hace unos años porque no quiso se-

guir un tratamiento que hubiera frenado la enfermedad que tenía. Baba sigue siendo el anciano más sabio del pueblo. Nadie sabe su edad, pero en el pueblo todos están convencidos de que tiene más de cien años.

Soy una afortunada. Ahora tengo amigos de pueblos muy lejanos y, a veces, me invitan a sus países para que pueda compartir mi experiencia con cientos de personas. Me he paseado por las calles de Nueva York, Nairobi, Roma, Sevilla y Tokio.

Mis amigos sospechan que, con el paso del tiempo, he podido cambiar algún detalle de esta historia. Se equivocan. Es cierto que han pasado veinte años, pero nunca olvidaré que el hombre de la cabeza de maíz llegó diez días después de la última lluvia y nos enseñó a hablar con el agua para convertirla en nuestra mejor aliada.





SEGUNDO PREMIO
DE CUENTOS INFANTILES

Ni una gota de más
MARTA RODRÍGUEZ CORREDOR



A veces iba con los piratas, atravesando una furiosa tormenta en mitad de un mar lleno de monstruos. Otras veces, esos mismos monstruos atacaban al submarino de color rojo en el que viajaba. En otra ocasión pudo nadar entre delfines y ballenas, sentado sobre sus lomos como un auténtico rey.

De cualquier manera, la hora del baño era el momento preferido de David. Podía estar jugando con cualquiera de sus robots o sus coches de carrera, pero cuando mamá lo llamaba con la toalla entre las manos, él siempre corría a la bañera sin pensarlo.

A David le gustaba todo. El agua caliente cubriéndole hasta la mitad de la barriga, el champú con su olor a fresa, mamá frotándole con cariño el pelo para dejarlo bien limpio, la esponja que le hacía cosquillas en la planta de los pies y los dedos arrugados que se le quedaban al terminar.

¡A veces sus aventuras duraban hasta una hora!

¡*Qué divertido!* pensaba él mientras jugaba bajo la cascada del grifo abierto. ¡El agua es genial!

Una noche mientras papá y mamá dormían, David escuchaba el goteo de un grifo. Plic ploc plac. El niño se dio la vuelta en la cama y se tapó la cabeza para poder dormir. Plic ploc plac. Plic ploc plac.

Imposible. Si no cerraba el grifo, no podría pegar ojo.

David se levantó descalzo de la cama, andando de puntillas para no despertar a sus padres. Cerró la puerta con cuidado y encendió la luz del cuarto de baño. Plic ploc plac. Plic ploc plac.

Con la boca abierta, David vio tres pequeñas gotitas de agua sobre el lavabo. Estaban dando saltitos. Plic ploc plac. El niño se acercó un poco para verlas mejor, y sonrió de oreja a oreja al ver que las tres gotitas le saludaban.

—¡Hola, hola, hola! -decía la que hacía Plic al saltar.

—¡Buenas noches, amiguito! -La segunda gota seguía saltando. Ploc ploc ploc.

—¡David, queremos hablar contigo! -Plac le hizo gestos para que se acercara más.

David se agachó sobre el lavabo, contento de tener tres nuevos amigos tan originales. ¡Gotas de agua! ¡Igual que las de la bañera!

—¡Hola! -les saludó-. ¿Cómo os llamáis? ¿Qué es lo que queréis?

—¡Hemos venido a verte! -Plic no dejaba de agitar en el aire sus diminutos bracitos.

—Tenemos algo que enseñarte, David. -Ploc señaló el pequeño desagüe del lavabo-. Tienes que venir con nosotros.

—Pero eso es muy pequeño. ¡No quepo por ahí!

—Debes acompañarnos -insistió Plac-. Ven, cógeme en tu mano.

David apoyó los dedos junto a la pequeña gota y vio cómo ésta se subía a ellos. Plac dio un par de palmadas y un cosquilleo empezó desde la punta de los pies del niño hasta ponerle los pelos de la cabeza de punta.

David rió encantado mientras que su nuevo amigo iba creciendo y creciendo más en su mano. ¡No! ¡No era la gota de agua la que crecía! ¡Todo el cuarto de baño se estaba haciendo gigantesco! Antes de que se diese cuenta, David tenía el mismo tamaño que sus nuevos amigos.

Plic corrió a saludarle y le dio un abrazo. David volvió a reír. Era como agarrarse a una gelatina bien fresquita.

—¡Venga! Tenemos que irnos -insistió Plac.

—¿Dónde? No quiero que papá y mamá se enfaden si se despiertan y yo no estoy -dijo David.

—No te preocupes. Estaremos de vuelta antes de que se levanten -le tranquilizó Ploc.

Plic le cogió de la mano y le fue llevando hasta el desagüe, que ahora era lo suficientemente grande para que entraran los cuatro.

—¡Vamos a pasarlo genial! -le dijo-. Verás cuánto nos divertimos.

—¿Y cómo vamos a bajar por ahí? -David se asustó un poco al ver el agujero tan profundo y oscuro.

—¡Saltando! —Ploc se metió sin pensarlo dos veces.

—¡Vamos, vamos! —Plac se lanzó de cabeza.

—Me da un poco de miedo. —David no se atrevía.

—Lo haremos juntos. ¡Así será aún mejor! —Y sin soltar de la mano al niño, saltó al desagüe.

La bajada por la cañería fue lo más divertido que David había hecho en su vida. ¡Era un tobogán de agua alucinante! Plic y él cogían curvas y daban giros, subiendo y bajando a toda velocidad.

A pesar de que el camino estaba oscuro, David ya no tenía miedo. Iba con sus nuevos amigos, que reían a su alrededor mientras se deslizaban. De vez en cuando algunas otras gotas les saludaban y sus amigos respondían con alegría. ¡Qué mundo tan animado había bajo el lavabo!

Después de viajar durante un buen rato, la tubería se acabó y el niño vio a sus pies una enorme playa de arenas doradas. El sol brillaba en el cielo, las olas llegaban cantando a la orilla y los peces nadaban entre ellas agitando sus aletas. Al final de la playa había un bosquecillo de pinos, con un arroyo de agua cristalina donde iban a beber ciervos y conejos.

David corrió para meterse en el agua y rió encantado cuando las olas frías le mojaron hasta las rodillas. Plic y Ploc se agarraron de las manos y bailaron alrededor de una concha mientras que Plac giraba y giraba sobre sí mismo.

Un gritito agudo resonó en el mar junto a David. El niño vio un pequeño delfín que se acercaba para sa-

ludarle con una enorme sonrisa en su hocico alargado. David le acarició la piel gris, suave y húmeda y le hizo cosquillas entre las aletas. Con cuidado se subió sobre su lomo y el delfín lo llevó a lo largo de la playa, dando saltos en el aire y jugando con la espuma de las olas. ¡Igual que sus juegos en la bañera!

Cuando David estuvo cansado de brincar y nadar sin parar, se salió del agua y se tumbó en la arena a la sombra de los árboles, mirando satisfecho el cielo azul. Plic, Ploc y Plac se sentaron a su lado.

—¿Lo has pasado bien? ¿Qué te parece nuestra playa secreta? —preguntó Plic.

—¡Es genial! —El niño enterró los pies en la arena—. Me encantaría traer aquí a mis amigos del cole para que la vieran. ¡Podríamos traer bocadillos y refrescos! ¡O que hubiera puestos para comprarlos! ¡Y helados! ¡Y poner ahí una piscina para los días en que el mar esté revuelto y no nos podamos bañar!

—¿Qué más harías? —preguntó Plac, que estaba apoyado en un codo escuchando las sugerencias del niño.

—Pues... ¡Pondría un caminito de madera! Si, eso. Un camino de madera para poder llegar al mar cuando la arena esté demasiado caliente. ¡Así no te quemarás los pies! ¡Y un parque de atracciones! ¡Sí! Con muchos toboganes de agua y fuentes donde bañarse y poder jugar.

Un ruido le interrumpió. David se puso de pie y se quedó sin palabras al ver su sueño hecho realidad.



La enorme playa a la que llegara unas horas antes estaba ahora atestada. Un contenedor de basura que olía bastante mal estaba lleno con envases de comida y botellas.

El bosquecillo de árboles había desaparecido para hacer el camino hasta el agua, y el arroyo donde bebían los animales ya no tenía el agua limpia y clara, sino sucia y llena de papeles que la gente había dejado allí.

¿Y el mar? Los delfines y los peces ya no nadaban por allí. Se habían asustado con el ruido del enorme parque acuático. Los motores tan grandes que hacían falta para que funcionaran las atracciones iban dejando el agua del mar sucia y llena de espuma amarilla. Desde luego ya no apetecía nada meterse en ella.

Los puestos de hamburguesas y bocadillos llenaban el aire de humo y olores tan fuertes que David tenía que taparse la nariz.

Y por último, aquella piscina, que tan buena idea le había parecido al principio, ocupaba casi toda la arena, sin dejar espacio para tumbarse a tomar el sol.

¿Qué era todo aquello? ¿Por qué tan buenas ideas habían estropeado un lugar tan estupendo? Ya no había ciervos bebiendo agua, ya no saltaban delfines. Ya no se escuchaba el sonido de las olas.

—¿Qué ha pasado? Está todo sucio.

Plac miró a su alrededor.

—Esto es lo que pasa por no respetar el agua.

—¿Respetar el agua? —preguntó David.

—Claro —respondió Ploc—. El agua es la base de todo. Sin ella no habría nada.

—Mira a tu alrededor. ¿Dónde están los animales? Al desperdiciar el agua y estropearla, se han ido todos —Plac señaló el arroyo—. ¿Tú querías beber de un sitio así?

—No —respondió David—. A mi me gusta el agua del grifo, que siempre sale bien limpia y toda la que quiero.

—Pero si no la cuidamos, algún día tampoco habrá agua en los grifos.

Plac dio una palmada y el paisaje a su alrededor cambió. Ya no había playa, ni árboles, ni nada de nada. El parque acuático estaba seco. La piscina vacía. Hacía mucho calor.

—El agua es un tesoro que tenemos que cuidar. Cuando la desperdiciamos o no la cuidamos, deja de ser potable.

—¿Potable? ¿Qué significa eso? —quiso saber David.

—Que se puede beber. Que podemos ducharnos en ella y regar las macetas —le aclaró Ploc.

—¿Podría pasar que el agua estuviera tan sucia que no se pudiera beber?

—Si no se tiene cuidado con ella, sí. Respondió Ploc.

—¿Pero entonces qué podríamos hacer? —preguntó David asustado.

—Lo importante no es qué hacer cuando ya esté estropeada, sino cómo evitamos que eso pase —le explicó Ploc.

—Si todos tenemos cuidado se puede evitar. —Plic parecía muy triste—. El problema es que la gente no suele tenerlo.

—¡Yo puedo enseñarles! Decidme cómo. —David quería que la playa volviera a estar como antes. No le gustaba aquel paisaje tan estropeado.

—Es muy sencillo. Tan solo hay que estar atento a pequeños detalles. Por ejemplo, no dejar los grifos abiertos cuando no se utilicen —le dijo Ploc—. Por ejemplo, gastar menos agua, duchándonos en vez de bañándonos.

David se avergonzó. Tenía que reconocer que él usaba la bañera como si fuera una piscina. ¡Ya no lo haría más!

—Reciclar todo lo posible para no generar más basura de la necesaria es muy importante —aconsejó Plac.

—Y no tirar desperdicios fuera de papeleras o contenedores —añadió Plic—, porque muchos acaban en el mar y los ríos.

—Son pequeños detalles, pero entre todos supone un paso muy importante.

—Por ejemplo... —David pensaba alguna manera más de ahorrar agua—. ¿Evitando tirar demasiado de la cisterna del váter? ¿Por ejemplo no tirando papeles en él?

—¿Ves? ¡Es muy fácil! —Plic daba saltitos de alegría.

—Y también es muy importante que se lo cuentes a tus amigos y a tus papás. —Ploc estaba muy contento—. Cuidar del agua es algo que todos debemos aprender.

—¡Así estarán protegidos los ríos, mares y océanos! —Ahora Plic bailoteaba—. Y todos los animales que dependen de ellos.

—Es importante hacerlo cada día, a cada hora. No olvidarse nunca. —Plac dio otra palmada y la playa volvió a estar limpia y llena de vida. Sin duda era mucho mejor así—. ¿Te olvidarás?

—¡Por supuesto que no! —David contuvo un bostezo. Se le cerraban los ojos.

—Ya va siendo hora de volver a casa —dijo Ploc.

David ya no pudo escuchar nada más porque se quedó dormido en la arena. Al día siguiente despertó sobre su cama. No había ni rastro de sus tres nuevos amigos ni del pequeño viaje a la playa, pero todo lo que había aprendido estaba bien grabado en su cabeza.

¡Estaba deseando empezar!

Al fin y al cabo no es nada difícil. ¡Pequeñas cosas pueden cambiar el mundo!

¡Ni una gota de más desperdiciada!





PRIMER PREMIO
DE RELATOS CORTOS

Polvo en las flores
CRISTINA NIETO BARBERO



Moynaq, 6 de Mayo de 1960

Era viernes y en la república de Uzbekistán, debido a la condición musulmana de su población, no se trabajaba. Desde el Gobierno de Moscú se había ordenado que el día festivo fuese el domingo, pero las antiguas costumbres se habían impuesto y mantenían la festividad laboral en el viernes, como siempre. Lo del descanso dominical había sido postergado a una cuestión puramente administrativa.

Azelie (Azalea) corría todo lo deprisa que las ágiles piernas de una niña de ocho años pueden hacerlo. Notaba las espigas y las flores de la recién estrenada primavera chocar contra sus rodillas. Jugaba al escondite con sus primas y después de una acalorada discusión habían logrado que Falua, la más pequeña, hiciese el conteo, nada más y nada menos que hasta cien.

Durante los viernes de primavera, era costumbre en su familia abandonar Moynaq y dirigirse temprano a las afueras de la ciudad, para pasar el día en el campo.

La bulliciosa población pesquera, situada a orillas del Mar de Aral, se sumergía esos días en una tranqui-

lidad que la transformaba. El puerto, que el resto de la semana mostraba los muelles desiertos, ahora aparecía repleto de barcos pesqueros ociosamente amarrados. Los cascos chocaban en el lugar de atraque contra los neumáticos viejos que colgaban de la pared del malecón, tapizada de algas verdes y negras. Su chocar era blando e indolente, acunado por la marea en un incesante vaivén.

La lonja, habitualmente transitada por compradores, vendedores y grandes carros de carga, permanecía cerrada los viernes, con las cajas de listones de madera en las que se almacenaba el pescado, frecuentadas por las moscas, durmiendo vacías y apiladas en altas torres, junto a las prominentes compuertas metálicas del edificio.

Las calles de la ciudad se mostraban casi deshabitadas a cualquier hora, con los vecinos descansando en sus casas o de excursión en las abundantes praderas que poseía la costa en las inmediaciones de la ciudad.

Azelie era la segunda de seis hermanos. El mayor de ellos, junto con su padre, sus cuatro tíos varones y su abuelo eran pescadores. Formaban parte de las sesenta mil personas a las que daba empleo el pujante sector pesquero de Moynaq.

El inmenso mar de agua dulce llevaba muchas generaciones dando de comer a sus antepasados. Ella había escuchado de su padre, pero sobre todo de su abuelo, decenas de historias de barcos y naufragios, de

peces gigantes y recónditos monstruos submarinos. Eran fábulas que, a pesar de engendrar en sus sueños indescriptibles pavores, la atraían poderosamente.

Su frenético correr concluyó al esconderse tras la única pared no derruida de una vieja construcción. Su pecho trabajaba a marchas forzadas, casi podía oír los acelerados latidos de su pequeño corazón.

La mirada de la niña, agachada en cuclillas tras el muro, viajó hacia la inmensa extensión de agua. Al contemplar aquel mar azul intenso, no podía dejar de imaginar de nuevo las bestias que poblaban los relatos de su abuelo. En ocasiones, al recordar aquellas leyendas, si cerraba los ojos, veía en el tenebroso fondo del mar los fantasmas y esqueletos de los pobres pescadores, ahogados en las apocalípticas tormentas de las narraciones.

El grito lejano de su prima Falua al iniciar la búsqueda -*ya voy*- la devolvió a la realidad.

El poderoso sol de la mañana bañaba la costa, resaltando los mil puntos de colores que las flores pincelaban sobre el verde de la hierba.

Leningrado, 6 de Mayo de 1960

Ese mismo sol se colaba por los altos ventanales cuadrados, iluminando el suelo cuidadosamente encerado y brillantado del ancho pasillo del Palacio Mijailovski, en Leningrado. Los ventanales poseían unas excepcionales vistas sobre el río Neva.

La preciosa San Petersburgo, conquistada definitivamente para el Imperio Ruso por el gran Pedro I, era uno de los lugares favoritos de Nikita Kruschev para celebrar las reuniones que consideraba importantes. La creía el escenario ideal, grandioso y excelso, en el que ser recordado por las futuras generaciones, cuando se hablase de la firma de cualquier tratado o ley que él hubiese protagonizado.

Junto a uno de aquellos soleados miradores del palacio, Serguei Astakhov observaba el ir y venir de las barcas por el río. Estaba nervioso. Debía exponer ante Kruschev el gigantesco proyecto de desvío del caudal de los ríos Amu Daria y Sir Daria. El objetivo del gigantesco trasvase era el riego a gran escala de cultivos en las planicies de Uzbekistán y Kazajstán.

El cartapacio de cuero negro que sujetaba con su mano derecha, atesoraba un resumen del trabajo de un equipo de más de cien personas durante dos meses y medio.

Oyó abrirse la puerta y el secretario personal del Presidente le hizo un gesto indicándole que podía pasar.

Nikita no estaba de mal humor como en otras ocasiones, le recibió con un más que cordial apretón de manos y los cuatro besos de rigor.

—Pasa y siéntate camarada Astakhov. ¡Vamos a ver ese proyecto! Estoy impaciente.

Astakhov tenía el convencimiento de que el mar de Aral era un error de la naturaleza y de que estaba indefectiblemente condenado a acabar siendo un gigantesco lago de sal, seco y sin vida.

Hacia unos años había encabezado un estudio previo a la realización del proyecto. Todo el agua aportada por los dos grandes ríos, se desperdiciaba a juicio del joven científico, alimentando un lago inmenso cuya única virtud era la de proporcionar unas pocas toneladas de pescado.

Allí se evaporaban a la atmósfera cientos de miles de litros de agua, dejando en el lecho un caudal cada vez menor y con una creciente proporción de sal que, irremediablemente, acabaría por hacer imposible la subsistencia de ningún recurso susceptible de explotación.

Resumiendo, Serguei Astakhov tenía la convicción de que el mar de Aral acabaría siendo otro mar Muerto.

Nikita le creyó en su día y le confió la elección del equipo de ingenieros con el que realizar el proyecto definitivo que ahora le presentaba.

Serguei enumeró al Presidente los detalles a grandes rasgos, sin entrar excesivamente en tecnicismos. Extendió plano a plano el desarrollo de los grandes canales de riego. Envolvía con el dedo sobre ellos las grandes superficies ahora improductivas que, en pocos años, pasarían a generar cantidades ingentes de algodón.

Al principio de su exposición, como cada vez que estaba frente al Presidente, se sintió intimidado. Imponía la presencia del antiguo *apparatchik*. La carrera de aquel hombre calvo, regordete y bajito sobrecogía. Tras acceder al Comité del PCUS en 1934 como comisario de Política, durante la Segunda Guerra Mundial había alcanzado el grado de general.

Todos conocían, aunque nadie se atrevía a hablar abiertamente sobre el tema, las malas artes empleadas por Nikita para deshacerse de su competidor directo, Malenkov.

Pero Serguei Astakhov creía en su proyecto y se fue envalentonando al verlo por fin plasmado en aquellos planos, definitivamente acabado. Olvidándose casi de su interlocutor, exponía con ardor el proceso de ejecución de las obras y ponía sobre la mesa las asombrosas previsiones de las futuras producciones agrícolas.

Había cierta química entre los dos hombres. A Nikita le gustaba escucharle. ¡Era tan locuaz! Se imaginaba aquellas extensiones de tierra ahora yerma, tapizadas con el verde moteado en blanco de las plantaciones de algodón, y los camiones, atiborrados con los frutos de la cosecha.

Finalmente el Presidente habló.

Ni la Duma Estatal ni el Consejo de la Federación Rusa supondrían un obstáculo para la aprobación definitiva del proyecto. Los fondos estarían liberados en pocos días por orden directa suya.

Esas fueron las dos promesas del hombre de estado al joven científico. Después, mientras le acompañaba hacia la puerta comenzó a darle enérgicas palmadas en la espalda.

—¡Enhorabuena, camarada, enhorabuena!

A simple vista, solamente había tenido lugar una larga conversación entre dos hombres. En realidad se había tomado una decisión e iniciado un proceso que

afectarían, en pocos años, la vida de cientos de miles de personas y la de incontables millones de otros seres vivos.

Kokand, 15 de febrero de 1964

En la provincia uzbeca de Fergana, al suroeste del valle del mismo nombre, a doscientos veintiocho kilómetros al suroeste de Taskent, capital de Uzbekistán se encuentra la ciudad de Kokand.

El ser un nudo de comunicaciones y a la vez un importante centro de producción textil y de productos químicos, le daban un aire cosmopolita y un tránsito de viajeros muy importante. Más de trescientas mezquitas salpicaban sus calles.

Al atardecer, desde los esbeltos minaretes, al *azan*, canto de invitación al rezo de los *mullahs*, engalanaba el aire con sus entonaciones.

El río Sir Daria en mitad de su itinerario de dos mil doscientos kilómetros hasta el mar de Aral, atravesaba la ciudad, una vez unidos sus dos torrenteras principales, la procedente de la cordillera de Tien Shan en Kirguistán y la oriental, originaria de Uzbekistán.

El joven Zaib, había heredado de su padre la afición por las maquetas a escala de barcos y, con tan solo catorce años, acababa de concluir su primer trabajo en solitario.



Anteriormente, había realizado con la ayuda de su progenitor, dos maquetas que decoraban las paredes de su cuarto, cuidadosamente colocadas sobre estanterías. Sus amigos entraban en el dormitorio de Zaib como en un santuario, con una indisimulada envidia.

Boquiabiertos se paraban delante de las naves admirando el minucioso trabajo, los mil detalles del velamen, la cubierta o el casco.

La primera de ellas era el *HMS Prince. Lucia soberbia*, una de las más bellas naves inglesas del siglo XVII, ideada para la guerra y poseedora de un centenar de cañones.

La otra era la maqueta del galeón *San Francisco II*, un barco del siglo XVI, con tres niveles de cubierta y un aspecto imponentemente robusto.

Aunque no eran maquetas concebidas para navegar realmente con ellas, sino de colección, al padre de Zaib le gustaba verlas en el río una vez terminadas.

Decía que era su bautizo y que un barco no era tal si no había navegado nunca.

Cada vez que habían concluido una maqueta, se dirigían con ella al río, junto a la gran fábrica de curtidos. Allí el agua se remansaba entre riscos en una gran poza, y en sus orillas, majestuoso, crecía un altísimo y centenario chopo.

En verano se bañaban los niños, y los jóvenes alardeaban ante las chicas saltando de cabeza, después de trepar lo más alto posible, por las ramas del viejo árbol.

Nadie había logrado tocar nunca el fondo en el centro de la poza. Encajada entre las paredes rocosas, algunos decían que tenía más de cincuenta metros de profundidad.

La primera maqueta realizada en solitario por Zaib era el navío español *Santa Ana*, de 1784.

En los planos de montaje venía la historia del barco y el chico la había leído tantas veces que la recitaba a sus amigos de memoria.

Fue botado en el Ferrol en 1784, sólo se hicieron ocho barcos como aquel y tenía ciento doce cañones repartidos en tres puentes.

Pero la parte que más le gustaba relatar a Zaib era la de la batalla de Trafalgar.

Durante los cientos de horas dedicadas a pegar y lijar, a pintar y barnizar, imaginaba aquellas escenas descritas en el manual de montaje.

El *Santa Ana* se enfrentó en la famosa batalla al Royal Sovereign durante tres horas de encarnizada lucha. Al final, con el aparejo destrozado y más de cien hombres muertos, el *Santa Ana* se rindió.

Pero sin embargo, aprovechando la confusión originada por una gran tormenta, su dotación lo represó de nuevo, consiguiendo escapar y, remolcado por la fragata francesa *Themis*, consiguió llegar a Cádiz.

Aquella batalla había ocupado sus sueños más aventureros, imaginándose él mismo, como en las rancias películas de piratas del cine de verano, protagonizando con su espada, la recuperación del navío.

La maqueta tenía más de un metro de eslora. Estrictamente fiel al original, sus piezas estaban elaboradas con la mejor madera y poseía preciosos detalles de fundición. Su padre se la había traído en uno de los viajes a Taskent.

Con él, y el precioso barco cuidadosamente acomodado en la carretilla, se dirigía a bautizarlo en la gran poza.

Llegaron hasta la fábrica de curtidos.

El agua del río entraba en el remanso lateralmente, produciendo una ligera corriente que lo circundaba antes de volver a salir.

Sacaron el velero de la carretilla ante la atenta mirada de los curiosos que les rodeaban. Después, con inmenso mimo, lo depositaron en el agua.

El *Santa Ana* comenzó a navegar esbelto.

Zaib tuvo el honor de realizar la tarea que en tantas otras ocasiones había llevado a cabo su padre: sujetar el sedal que impedía al barco navegar libre y dirigirse contra las paredes de roca.

El efecto de la corriente balanceaba la maqueta confiriéndole un aspecto extraordinariamente real. Tanto los curiosos que se les habían ido sumando durante el camino de la casa a la poza, como los que ya se encontraban allí cuando ellos llegaron, comenzaron a aplaudir y a proferir gritos de admiración y entusiasmo.

El muchacho no cabía en sí de emoción y orgullo. De reojo miraba la sonrisa en el rostro de su padre. La primera maqueta salida de sus manos navegaba regia en el día de su bautizo.

De repente algo inesperado sucedió. El caudal del río descendió gradualmente pero muy deprisa. Primero dejó de entrar en la poza matando la corriente que balanceaba el barco. El sedal se depositó mortecino sobre el agua y la maqueta quedó inmóvil y sin rumbo.

Todos se dirigieron hacia la margen del río. En menos de cinco minutos el inmenso caudal quedó convertido en un raquitico riachuelo.

Un hombre que llegó casi al final de la inesperada ruina anunció en voz alta:

—Han abierto el trasvase hace dos horas.

Regreso a Moynaq, 12 de mayo de 2009

Azelie, la pequeña niña de ocho años que corría jugando al escondite con sus primas, había crecido, madurado y casi envejecido. Ya había cumplido los cincuenta y siete años, las canas que asomaban del velo negro con flores amarillas y rosas y las arrugas de su semblante huidizo y abatido, hablaban de su edad y su tristeza.

Sin saber por qué, había sentido la necesidad de viajar de nuevo a la ciudad que la vio nacer. Llevaba más de treinta años fuera, trabajando en Moscú, negándose a volver.

Le costó reconocer las calles de su ciudad.

Las casas, los enseres y las gentes estaban cubiertas con un polvo casi blanco, polvo de arena y sal.

Muchísimas edificaciones estaban abandonadas y derruidas. La ciudad se moría como se había muerto el mar.

Paseó sin prisa los tres kilómetros que separaban su antigua casa de la pradera en la que su familia disfrutaba aquellos maravillosos viernes de primavera. En esta ocasión se había transformando en silencioso lamento la gozosa algarabía de entonces.

En todos aquellos años no había querido hacer aquel viaje. Intuía el golpe que supondría para ella volver a pisar su pueblo después de la desastrosa metamorfosis. Incluso cuando la televisión había mostrado imágenes de su querido mar, del mar de Aral, ella había apagado el aparato negándose a contemplar la hecatombe.

El agua de los ríos llevaba décadas perdiéndose en kilómetros de canales mal construidos, sin impermeabilizar.

La que llegaba a los campos había producido cientos de miles de toneladas de algodón, convirtiendo su país en el primer productor mundial de aquel producto. Pero el suelo de los cultivos comenzaba a saturarse de sal y la producción menguaba inexorablemente.

Los fertilizantes y los minerales pesados se habían concentrado junto con la sal en el proceso de desecación de mar. El aire y el clima extremadamente seco y falta de humedad habían hecho el resto, generando aquel maldito polvo omnipresente.

Arrastrado por el viento, convirtió la atmósfera de toda la región de Aral en un caldo de cultivo idóneo en el que proliferó la mayor tasa de malformaciones fetales y enfermedades respiratorias de toda Rusia.

El antiguo ecosistema había sido sepultado, el viejo mar azul en el que faenaran cientos de barcos de pesca, era ya tan solo un recuerdo, un inmenso y contaminado desierto.

Azelie reconoció el lugar exacto donde jugaba al escondite, la pared de la casa derruida donde recordara en aquella ocasión las historias de su abuelo.

Se dirigió hacia la pared y poniéndose en cuclillas se escondió como entonces, esta vez sin ninguna falúa que la buscase.

No pudo impedirlo y lloró. Lloró un llanto mudo de lágrimas tristes. Un llanto largo y desconsolado por los niños que ya no jugaban, por los hombres que no faenaban, por las plantas que no crecían y por la vida que se batía en retirada junto con el mar.

La orilla se había marchado a más de cuarenta kilómetros, ya no se veía el agua. Un gran barco oxidado descansaba de costado en el antiguo lecho marino y como él, a lo largo de la perdida costa, decenas de navíos encallados esbozaban un panorama macabro y surrealista.

En esta primavera no había hierba verde en su campo, tan solo unas pequeñas y enfermizas plantas habían conseguido florecer mustiamente.

El blanquecino polvo de la muerte lo cubría todo.

Polvo en los caminos y las casas. Polvo en las ropas y los zapatos. Polvo en los pies y en las manos. Polvo en el aire y en los pulmones.

Polvo en las flores.

Un sueño

Azelie lloraba tras la pared, pero a cientos de kilómetros, en el cafetín central de Kokand, Zaib, el adolescente constructor de maquetas de barcos, cargaba su pipa con el tabaco aromático que su amigo Halil le había traído de Nueva Delhi.

Un niño de nueve años permanecía arrodillado junto a él. Hijo sin duda del dueño y ataviado con el típico gorro y un mandil blanco y verde, pasaba el té de una taza a otra después de haberlo azucarado.

Con increíble maestría elevaba en el proceso los vasos a tal altura que la humeante y olorosa infusión formaba al caer una densa espuma blanca y amarilla.

Zaib había cumplido ya los cincuenta y nueve años. Después de haber terminado los estudios de ingeniería agrícola en la universidad de Tashkent aprobó las oposiciones a funcionario de la administración rusa en la que había trabajado desde entonces, prácticamente toda una vida.

Se había casado y en el salón de su casa aún mantenía perfectamente conservada la maqueta del navío *Santa Ana*.

Siempre que pasaba junto a la nave, evocaba de nuevo la romántica historia de la batalla de Trafalgar y el emocionante relato de la valerosa recuperación a manos de su tripulación.



Su amistad personal con Karimov, quien ganó las elecciones presidenciales celebradas en el 2000, las primeras elecciones libres tras la independencia de la antigua República Socialista Soviética de Uzbekistán, le dio la oportunidad de llevar a cabo lo que para él había acabado siendo una obsesión.

Aquel primer sueño en el que él en persona recuperaba el *Santa Ana*, fue sustituido por un sueño nuevo, el de la recuperación del mar de Aral.

Había dedicado miles de horas de estudio al asunto y lo tenía meridianamente claro. Había tres frentes en los que llevar a cabo la nueva batalla, esta sin espadas.

El primero era el de la impermeabilización de los extensísimos sistemas de canales como el Amu-Bujara, el Qarshi, el Estepa Glodnaya meridional y los canales del gran Fergana que perdían más del setenta por ciento de las aguas que transportaban debido a su deficiente construcción.

Después habría que actuar con los modernos sistemas de irrigación por ordenador de los campos, que mantendría la producción de algodón sin saturar de sal la tierra y utilizando tan solo el veinticinco por cien del agua que se derramaba en la actualidad.

Y por último, según sus estudios, era posible acometer la construcción de un canal alternativo que traería hasta el mar de Aral las aguas de tres grandes glaciares siberianos que en la actualidad vertían sus aguas al océano.

Era fácil hacer las cuentas. El agua que llegaría al mar, acometiendo su plan, sería superior en cantidad y calidad a la que recibía en los años cincuenta.

Sería un proceso lento pero, en medio siglo, los barcos pesqueros volverían a mecerse atracados en los malecones de los puertos.

Era viernes, día festivo. Al día siguiente, aquel mismo sábado, Zaib viajaría a Bruselas para intentar conseguir los fondos europeos que hiciesen viable el comienzo de las actuaciones.

Se reclinó en los mullidos cojines acoplados contra las desconchadas paredes de la esquina del cafetín y tras acabar su té observó el humo denso y blanco de su pipa que se elevaba perfumando el aire. Aquel humo giraba luego bajo el efecto de las aspas del ventilador anclado al alto techo. En los giros del humo vio de nuevo girando el agua de su poza, la poza de la fábrica de curtidos y soñó con los peces nadando y los barcos navegando en el agua pura y cristalina del recuperado mar de Aral.

Soñó que el polvo contaminado desaparecía de las ciudades y del aire.

En su sueño ya no había polvo en las calles.

En sus sueños, ya no había polvo en las flores.





SEGUNDO PREMIO
DE RELATOS CORTOS

Los chicos del agua
LUIS MANUEL BARRERA RUBIO



CUADERNO DE BITÁCORA

2º día, 13 horas del quinto, año Europa 820

Esta será mi última anotación, mañana seré relevado. He estado al mando de la nave durante estos tres años, cederé mi puesto al equipo de aproximación y amerizaje. Una vez en Plutón asumiré mis obligaciones como oficial científico al mando del equipo de repoblación.

La temperatura en Europa continúa subiendo, no ha menguado en estos últimos 500 años. En la estación E-15 Europa estarán disfrutando, de lo que se podría llamar, un invierno suave, rondarán los 30 grados centígrados bajo cero. Desde que el satélite Luna se desprendió de la órbita del planeta Tierra, se ha convertido en el nuevo Armagedón de la existencia de la Humanidad. Ya no queda mucho para que en su loco deambular por el sistema solar colisione con la nueva Sión del hombre, la luna Europa del planeta Júpiter.

El Sol está en un nuevo periodo de estabilización, pero en su repentina expansión ha absorbido a los planetas Venus y Mercurio y ha convertido a la Tierra en

un desierto. Sin su luna, gira sin sentido atraída por la fuerza gravitatoria de aquel. Su superficie no es más que un triste recuerdo de lo que antaño fue. El clima está descontrolado, se alternan periodos de sequía con los de lluvia monzónica, en una sucesión tan rápida que a las especies no les da tiempo a adaptarse. Sus entrañas se han abierto y la lava impera sin límites, aparecen y desaparecen islas de la noche a la mañana, y todo aquello que consigue persistir es barrido por las tormentas eléctricas. Los polos se mueven por el planeta como una canica dentro de una esfera agitada por un niño. El agua que le daba su color es, ahora, oscura e insalubre. Desde nuestra posición en Europa se ve como una inmensa cabeza negra a la que le bailan los ojos. El Sol ha dibujado una caricatura de lo que fue la joya del Universo, ha creado un nuevo asesino al expulsar a la Luna, nos ha dado un nuevo hogar en Europa y nos ha convertido en nómadas del espacio: unos pocos supervivientes que han entregado sus esperanzas a la nueva ciencia y a un puñado de hombres para que los guíen por un desierto congelado, la tundra del universo.

Los chicos de Europa los llaman *water' boys*, los chicos del agua, y eso es lo que son; 1.500 hombres dedicados en cuerpo y alma al logro de un solo objetivo: encontrar agua. Algo tan simple como todo lo que nos rodea, una creación tan insignificante... dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, H₂O, agua... agua, agua, agua... cuanto más se repite menos significado tiene. H₂O, tres símbolos que se han convertido en el nuevo Dios del hombre, la representación química de la renovada Trinidad de la Humanidad. En ellas se encierra

todo el secreto de la existencia de los organismos con base de carbono. Ya no somos humanos, somos química reducida a un largo peregrinar, a una constante huida de la muerte, adictos del agua es lo que somos.

Ya hace 820 años que colonizamos Europa. Mañana colonizaremos Plutón. Después de un año orbitando a su alrededor y esperando la estabilización de la atmósfera, en apenas 10 horas descubriremos, por nosotros mismos, lo que sintieron los primeros exploradores del que es, ahora, nuestro hogar. Un nuevo ciclo solar, una nueva gravedad, un nuevo aire y un sinfín de cambios que, de nuevo, alterarán nuestra condición humana. Un nuevo salto en la evolución. Pero, esta vez, estamos preparados. Se tardaron 97 años terrestres en adaptar nuestras especies y a nosotros mismos a las condiciones de Europa. Aunque, justo es decirlo, que no todo el mérito fue nuestro. El Sol, el mismo que nos arrebató la Tierra, nos concedió con su expansión otra oportunidad en esta Luna; modificó en parte su composición y gravedad con su acercamiento, lo suficiente para permitirnos ser sus inquilinos.

Nadie pudo predecir que esto ocurriese, nadie poseía aún el conocimiento. Todo está relacionado, y en nuestra minúscula Tierra no éramos conscientes de la magnitud de los C.G, los Ciclos Galácticos. Éramos como las bacterias a la Tierra en relación a la gran cadena espacial. Observábamos el espacio igual que si mirásemos un cuadro a través de la diminuta cerradura de una puerta. No veíamos el todo en su conjunto, y quién sabe si aún no lo vemos. Hace tres mil años, el hombre sabía que la Tierra era plana y

que el Sol giraba alrededor de ella. Hace dos mil años sabíamos de la curvatura del espacio, de la fusión y del *Big Bang*. Hoy sabemos de la expansión del Sol, de los ciclos galácticos, y que no hemos arañado, ni tan siquiera, la corteza de la organización espacial.

A principios del año 2000, año terrestre, la comunidad científica era consciente de la importancia del agua, pero la gran masa humana se dedicaba a su uso, disfrute y despilfarro. Se explotaba el planeta como si nunca tuviese fin. Se entendía que el sistema solar tardaría millones de años en consumirse, ávido de su propia voracidad. Alrededor del 2100 el Sol dio su primer aviso. Las comunidades religiosas hablaron del fin del mundo; la NASA, la Agencia Aeroespacial de Europa, los rusos y China, tuvieron que unir sus esfuerzos y crearon la Confederación Galáctica Internacional con un solo objetivo: preservar la vida y evacuar el planeta.

En el 2107 nació el hombre que revolucionó la ciencia y la astrofísica moderna y, a la larga, nos convirtió en lo que somos. Su nombre, Cristóbal Zuazo Villa. Nació a los pies del monte Nevaro Sajama, en el departamento de Oruro, Bolivia. A sus 20 años ya era el nuevo Einstein del siglo XXII. Previó la expansión del Sol, entendió el funcionamiento de los Ciclos Galácticos, descubrió los ecos espaciales, nos dijo cómo usar la curvatura espacial para el desplazamiento entre planetas, redefinió la teoría de cuerdas, e inició los primeros estudios sobre conservación de especies. Muchos,

los creyentes de lo místico, atribuían su nombre a una de esas casualidades impenetrables de los sucesos; fue el Cristóbal Colón de su tiempo. Su legado, dos mil años después, somos nosotros.

Actualmente sus teorías son una realidad y constituyen el primer peldaño de una escalera en la que hemos avanzado sobremanera. Se creó un material revolucionario gracias a la reconstitución de átomos, la genita; flexible, moldeable, estable a temperaturas y condiciones de presión increíblemente extremas (absorbe la fuerza de estas y reconfigura su estructura, como si de un ser vivo se tratase) y, prácticamente, indestructible. Nuestra nave está completamente construida con este material, y a la velocidad adecuada se podría atravesar un planeta si nos lo propusiésemos. La Genética es la nueva medicina; los avances en Biogenética nos permiten modificar, reconstruir y preservar cualquiera de las especies conocidas, incluida la humana. Tan solo criamos aquellas especies que son necesarias para nuestra existencia, nuestros laboratorios son Arcas de Noé dedicados a la alimentación y la preservación del hombre. No obstante, mantenemos ejemplares criogenizados de la mayoría de ellas, y, al igual que en Europa, trataremos de repoblar Plutón, porque aún usamos la improvisación de la madre naturaleza para la conservación de nuestro legado. La estimación de vida en los planetas del sistema solar oscila entre los 3000 y 5000 años, se calcula que a Europa le quedan aún unos 700 años antes de que la luna la alcance, tiempo más que suficiente para dar el salto de nuestro sistema solar al siguiente, que se encuentra a 4,3 años luz, el

sistema Alfa Centauri. Una distancia que, gracias a los nuevos conocimientos de los vientos estelares, las ondas gravitatorias de los agujeros negros, a que hemos aprendido a crear fluctuaciones en el espacio y a montar en los picos de sus ondas, se recorrerán en apenas 5 años terrestres. Ahora, cuando miramos las estrellas, ya no nos preguntamos si albergarán vida, cómo serán o cuán lejos están. Ahora sólo nos preguntamos si tendrán lunas con agua. Hemos reducido el espacio a un infinito depósito de agua. El Universo se ha convertido en una autopista y a lo largo de su camino nos saciaremos de los cometas, las estaciones de servicio galácticas, para repostar la tan necesaria sustancia.

Tantos conocimientos, tantos adelantos científicos, y no somos capaces de reproducir dos simples átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Ciertamente es que podemos desprenderlos de casi cualquier elemento que los contenga, pero no somos capaces de crear agua de la nada. Somos vampiros espaciales y recorreremos el universo hasta agotar sus reservas, si antes, este, no se ha destruido a sí mismo. Hemos tratado de modificar nuestra estructura para adaptarla a otro tipo de fluido que pudiésemos crear, pero los resultados no han sido los esperados. Se ha conseguido reconfigurar en parte la tasa de líquido corporal y reducir la necesidad de agua diaria, un adelanto que aumenta la estancia y adaptación a los viajes espaciales, pero que, en contrapartida, obliga a los chicos del agua a mantener unas condiciones de gravedad distintas a las del resto de los habitantes de Europa. La permanencia en los planetas y las lunas que se colonicen, está limitada por los trajes que se han creado ex profeso para trabajar en ellos. La

gravedad en la nave está supeditada al metabolismo que los sustenta, distinta a la que el resto de los humanos poseen, y los obliga a utilizar estos trajes para las condiciones que creamos en las lunas.

Gracias a la nueva genética, se ha erradicado todo rastro de enfermedad en las especies, lo que ha aumentado la esperanza de vida en la raza humana. La de los chicos del agua es notablemente mayor, debido a su salto evolutivo, pero limita su estancia a las condiciones establecidas para el resto. Todos y cada uno de los chicos del agua han sido «creados» para este cometido y no disfrutaban de los mismos placeres que los demás.

Las restricciones no se limitan tan solo al agua. Desde el principio del establecimiento de la nueva sociedad humana, el control de la natalidad estaba regulado por ADAN (Agencia para el Desarrollo y la Adscripción de Neonatos), departamento que controla las características, número y sexo de los nacimientos. La división de los chicos del agua es algo distinta; si bien comparten parte de las características que poseen los hombres y mujeres de Europa, también es cierto que están sujetos a ciertas modificaciones que los hace un tanto diferentes. Están condicionados a sus trajes y a la atmósfera artificial de la nave. Incluso en Europa están sujetos a estas restricciones dentro de la E-15 y la E-14. Dicha atmósfera es la que les concede bastantes más años de vida, prácticamente el doble de la del resto de humanos... y a cambio, son estériles. Un círculo cerrado que los mantiene presos de su propia perfección. Unas cualidades que los transforman de privilegiados en desterrados del lugar que los engendró, Europa.



Europa... Europa es el paraíso. Una gran esfera cubierta por un inmenso mar y hielo. Ni una sola marca de tierra, el marrón no existe en Europa. Tan solo la E-14 mancha el blanco de la superficie de Europa con sus explotaciones mineras. Nuestros cultivos se hacen en una solución gelatinosa rica en proteínas, vitaminas, minerales y agua. Catorce millones de personas y un sinfín de especies encerradas en gigantescas cúpulas de genita translúcida, salvo las que se reproducen en el océano. Millones de almas respirando un aire tan puro como peligroso. La concentración de oxígeno en Europa es notablemente mayor que la de la antigua Tierra, y su gravedad un tanto más pesada. Ambos polos de la luna están cubiertos por hielo, con una profundidad de 15 kilómetros, la mitad de la que tenía hace 2000 años. Su temperatura ha ido aumentando de forma lineal desde la expansión del Sol, derritiendo sus casquetes y cubriendo el resto con un inmenso mar. La media anual de temperatura en su ecuador, ronda los 20 grados centígrados, algo que hace dos milenios era impensable, pues su temperatura se acercaba a los 160 grados bajo cero. Al principio de su repoblación, el océano que la cubría era oscuro como la noche, luego, a medida que la atmósfera se estabilizó, adquirió un tono verdoso, por las algas que fuimos introduciendo, y en el proceso final adquirió el azul verdoso que algunos recordaban haber visto en la Tierra. Nadie queda ya que recuerde como era la Tierra, todos somos hijos de Europa, ya hace 820 años que vivimos en ella, el doble en años de la Tierra, debido a que los días en esta luna duran, ahora, casi 50 horas terrestres; antes, su rotación era de 3 días

y 13 horas. Sólo habitamos el ecuador norte de la luna y sus costas colindantes, divididos en un total de 14 estaciones, más la sección 15, reservada para los chicos del agua y el laboratorio de Genética. Todas y cada una de las estaciones poseen plantas de depuración del agua y oxigenación, departamentos médicos, invernaderos, aeropuertos, ganaderías, piscifactorías, escuelas... y todo lo necesario para el millón de personas que las habitan, salvo en la E-15 y E-14. Cada miembro de la comunidad está especializado en una tarea y así se les educa desde su nacimiento; médicos, profesores, mecánicos, pilotos, ingenieros, científicos, veterinarios y un largo etc... y por supuesto, los chicos de la E-15, los chicos del agua.

¡Los chicos del agua! 1.500 hombres en el espacio, 700 en la estación E-14 y alrededor de 800 mujeres en Europa. Sólo los niños son adiestrados para los viajes espaciales y la explotación minera, las niñas se preparan para ser madres, ese es su único cometido. Todos los varones nacen en el agua, esa es la primera y última vez que sus cuerpos entran en contacto con ella, salvo cuando la beben, claro. Las futuras madres tan solo dan a luz a dos hijos, un chico y una chica. Nunca se ha podido engendrar a un tercero debido a un retrovirus que lo imposibilita; el mismo que, a los varones, los hace estériles. Ninguno son hijos de los chicos del agua, todos pertenecen a distintas cepas que se crearon en laboratorio. Chicos y chicas, nacen sin glándulas sudoríparas, sin cabello ni vello, salvo cejas y pestañas, una concesión para hacerlos menos extraños a los ojos de los demás. El color de sus iris es de un marrón tan oscuro que parece negro, y sus ojos ligeramente rasgados.

El metabolismo basal es menor que el del resto, son más altos, consumen menos oxígeno, no suelen cansarse con facilidad y viven más. Sus sistemas nerviosos son más rápidos y sus cuerpos están recorridos por una red más extensa de capilares, lo que les permite, en condiciones extremas, aumentar su temperatura corporal hasta 10 grados respecto al exterior. Las condiciones en E-15 y E-14 son especiales, tanto de presión, temperatura, oxigenación y alimentación. La dieta es baja en agua, ya que sus necesidades son menores. Las E-15 y E-14 son las únicas cúpulas herméticas de todas, para la preservación de estas condiciones. Dos veces al día se les bombardea con un haz de luz que los limpia el cuerpo de cualquier partícula que pudiese interferir en su metabolismo, que los mantiene impolutos y secos. A la edad de 50 años ya están preparados para iniciar su andadura espacial, en busca de un agua que nunca podrán disfrutar. No saben que se siente al sumergirse en el gran océano que cubre Europa, ni sentirán las gotas de lluvia correr por sus caras, ni su tacto al escaparse de entre los dedos. Muchas veces sueñan que nadan con delfines en el mar, algo que he visto hacer a la mayoría de los otros niños, que se dejan llevar por la fuerza de sus olas... arriba y abajo. Pero sólo es un sueño, ni tan siquiera saben si la sensación que los embriaga es la que se siente de verdad. Hubo un caso, ya hace tiempo, que un chico del agua no lo pudo soportar más, se desprendió del traje y se sumergió en el océano. Murió ahogado, no sabía nadar. Los que recuperaron su cuerpo dijeron que su expresión estaba tranquila y en paz. En su afán de sentir el mar, entregó su vida, algo que hacen a diario los chicos del agua.

El agua obsesiona a la mayoría de los *water's boys*. Incluso yo, y muchos de mis compañeros de viaje hemos tenido esos sueños. Soñamos con algo que los demás habitantes de Europa tienen día a día, algo, a lo que la costumbre, les ha robado la manera especial de verla, de necesitarla, de ansiarla. Algo, por lo que sacrificamos nuestra existencia y de lo que depende el devenir de nuestra raza. El agua, dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Tres símbolos que, ahora más que nunca, rigen el futuro de las especies que habitaban la Tierra, controla nuestras vidas y nos lanza al espacio...

El espacio... la última frontera.

Soy Emmanuel Zuazo. Oficial científico.

Esta es mi última anotación como comandante al mando de la nave *Genus-3*.

Mi misión, repoblar Plutón y recorrer el universo en busca de agua.

Tengo 115 años. Soy un *water's boy*... soy, un chico del agua.

Cuaderno de bitácora
2º día, 15 horas del quinto, año Europa 820

OBRAS PREMIADAS

El pasado diciembre se reunió el jurado presidido por el Consejero Delegado de Emasesa, Manuel Marchena, para fallar los premios en las modalidades de relato corto y cuento infantil. El jurado estuvo compuesto por M^a Luisa Torán, Directora del Pacto Andaluz por el Libro, la escritora y poeta Rosa Díaz, los escritores Antonio Rodríguez Almodóvar, y Antonio Rivero Taravillo y M^a Luisa García Directora Comercial y de Innovación de Emasesa.

En la modalidad de cuento infantil, el jurado otorgó el primer premio al cuento titulado *El hombre que tenía la cabeza de maíz y hablaba con la lluvia* cuya autora es Emma Reverter, nacida en Barcelona, actualmente vive en Nueva York, rodeada de periodistas, pintores, vendedores ambulantes y actores que quieren triunfar en Broadway. Licenciada en Derecho y en Periodismo, se mudó a Nueva York tras los atentados del 11 de septiembre para trabajar como corresponsal y desde allí escribe artículos sobre Derecho Internacional y Cultura para publicaciones españolas y americanas. Sus artículos se han publicado en los diarios *El País*, *La Vanguardia*, *ABC* y *Avui*, y en las revistas *Viajes National Geographic*, *El País Semanal*, *Telva* y *Law and Security* de la Universidad de Nueva York. Reverter es la autora del libro *Guantánamo, prisioneros en el limbo de la legalidad internacional* y la novela *Citas en Manhattan*, y la editora del libro *Corazón y mente*, con Valentín Fuster y Luis Rojas Marcos (publicados por la editorial Planeta).

La acción del cuento se sitúa en Tanzania (África) donde una niña relata la humilde vida en su pueblo haciendo hincapié en los efectos devastadores de la lluvia tanto por su escasez como por su sobreabundancia. Un técnico/ingeniero llega al pueblo y sobrepasando las expectativas crea un sistema de aprovechamiento y canalización de aguas.

El jurado concedió el segundo premio al cuento titulado *Ni una gota de más* de la autora Marta Rodríguez Corredor, sevillana de nacimiento y fisioterapeuta de profesión, escribe desde que tenía 16 años, siendo este su primer premio literario aunque ya tuvo una mención especial en el año 2004 por otro relato. Sus escritores favoritos son: Stephen King, Terry Pratchett, P G Wodehouse y Robert Jordan.

El cuento relata como unas gotas de agua invitan a un niño a viajar con ellas por las tuberías, allí toma conciencia de la contaminación del agua y los peligros que conlleva. Vuelve a su realidad con el propósito de valorar el agua.

En la modalidad de relato corto, el jurado concedió el primer premio al relato titulado *Polvo en las flores* de la autora Cristina Nieto Barbero, natural de Madrid. Aficionada a la literatura desde su juventud, entre sus escritores preferidos se encuentran Lope de Vega, Galdos o García Márquez, en la adolescencia se acercó a la poesía gracias al recientemente desaparecido Mario Benedetti. Aficionada al relato y la novela, tiene en su haber un premio de finalista en el II Certamen de Relato SER Allan Poe de Sermadridsur de la cadena de radio SER fallado a finales de noviembre.

De género realista, el relato se divide en tres tramas argumentales: una niña de un pueblo de pescadores muestra su vida, que gira en torno al mar, el gobernador ruso acepta la propuesta de hacerlo desaparecer y un joven

construye maquetas de barcos que ya no puede hacer navegar. La mujer ya adulta, se lamenta de la pérdida y el joven también adulto decide recuperar el mar de Aral.

El segundo premio fue para el relato titulado *Los chicos del agua* del autor Luis Manuel Barrera Rubio, natural de Terrassa, Barcelona, y residente en Tomares (Sevilla) en cuyo Ayuntamiento trabaja como Coordinador de los Centros Escolares. Muy vinculado al mundo deportivo es monitor de diferentes disciplinas natación, voleibol, baloncesto y aficionado a los deportes de riesgo y de naturaleza. Aficionado al cine fantástico, la música, y a la lectura fantástica, policiaca, de aventuras, clásicos y poesía y biografías.

El relato perteneciente al género de ciencia-ficción presenta un futuro apocalíptico en el que la Luna Europa, el nuevo hogar del hombre, se ha quedado sin agua. Un grupo humano, alterando genéticamente, debe rastrear la presencia de agua en todo el universo. Género: Ciencia-Ficción.

Las ilustraciones, han sido realizadas por la artista Pilar López Galán, natural de Hornachos (Badajoz). Titulada en Arquitectura técnica y en BBAA. Ha realizado exposiciones colectivas e individuales (2006-2009) recibiendo distintos premios y menciones (1988-2008).

AGRADECIMIENTOS

Nuestro más sincero agradecimiento a las personas integrantes del jurado literario, Antonio Rivero Taravillo, M^º Luisa Torán, Rosa Díaz y Antonio Rodríguez Almodóvar, así mismo a Andrés Nadal Director de la Escuela Andaluza de Escritores que nos ha asesorado en el desarrollo del II Certamen Literario del Agua.



Los premiados/as junto a Maribel Montaña, Delegada de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, el Consejero Delegado de Emasesa Manuel Marchena y el Director Territorial de Intermon Oxfam para Andalucía y Canarias Valentín Vilanova y los integrantes del jurado, Antonio Rivero Taravillo, Rosa Díaz, y Antonio Rodríguez Almodóvar y Andrés Nadal, Director de la Escuela Andaluza de Escritores.

ÍNDICE

CUENTOS INFANTILES

El hombre que tenía la cabeza de maíz y hablaba con la lluvia.....	17
Ni una gota de más.....	31

RELATOS CORTOS

Polvo en las flores.....	47
Los chicos del agua.....	69

OBRAS PREMIADAS.....	83
----------------------	----

AGRADECIMIENTOS.....	86
----------------------	----